

ILUMINACIÓN TEATRAL*

BERNARDO TRUMPER

Escenógrafo y diseñador de iluminación

LA LUZ Y EL ARTE DE ILUMINAR

Al tomar la Biblia en el Capítulo I del Libro de Moisés, comúnmente llamado **El Génesis**, leemos:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.

Y dijo Dios: Sea la luz: y fue la luz.

Y vio Dios que la luz era buena: y apartó Dios la luz de las tinieblas.

Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche:
y fue la tarde y la mañana un día.

Luz y Divinidad se han identificado siempre con el pensamiento humano, con la vida misma. Pensar en la luz es, de alguna manera, como una actitud religiosa. La luz ha sido asociada con lo



Bueno, la Vida, el Amor. La oscuridad con lo Malo, la Muerte, el Odio.

La filosofía se ha preocupado de la luz desde que surge la historia, pero la luz ha tenido un carácter divino desde el nacimiento del hombre. El carácter religioso dado a la luz y que es de origen oriental, señala que "La luz es una realidad superior privilegiada, que es Dios mismo o es de Dios"; y establece, también, que "La luz es incorpórea y resulta un intermediario entre el mundo incorpóreo y el mundo corpóreo."

Otra característica filosófica propia de la Edad Media dice que "La luz es la forma general, la esencia o la naturaleza de las cosas corpóreas". San Agustín da a la luz la condición de todo conocimiento verdadero y de toda comunicación de verdad que, partiendo de Dios, ilumina directamente el alma y la guía; es el concepto central de la filosofía agustiniana.

La vida del hombre está determinada, física y psicológicamente, por la luz; la luz influye en el comportamiento humano, en nuestras emociones, actitudes y respuestas. La luz nos permite rechazar y dejar de lado la oscuridad. De ahí que para el vidente es la gran fuente del conocimiento sensible. Aunque intangible, la luz es un elemento vital.

*Discurso de incorporación a la Academia Chilena de Bellas Artes del Instituto de Chile del escenógrafo e iluminador Bernardo Trumper. Texto editado por el escenógrafo Ramón López.

Iluminar significa clarificar ideas, exponer algo a la luz para ser conocido; se asocia con la acción del entendimiento activo, del reconocimiento de la verdad.

El arte de iluminar reside en la grandeza mágica de la luz y en la energía vital o cualidad de generar vida, que la luz posee. La iluminación es la más nueva de las artes teatrales. La danza, la música, la actuación, la dramaturgia, la arquitectura teatral y la escenografía, tienen siglos de tradición; pero solamente desde el desarrollo de la luz eléctrica, a fines del siglo XIX, la iluminación ha sido capaz de desempeñar un papel de importancia sobre un espacio escénico. No han pasado aún cien años desde que la luz se introduce en el teatro como arte.

La iluminación como arte —medio expresivo— surge como una necesidad, como una rebelión contra el orden establecido y el artista crece como oposición a aquellos seres sin atrevimiento que temen las posibilidades de nuevas ideas, porque las nuevas ideas pueden destruir viejos prejuicios. Es curioso, y por eso lo destacamos, que el arte de la iluminación nace conceptualmente, en un claro y perfecto enfoque teórico, mucho antes que se realice cualquier experiencia concreta. El visionario que reacciona contra los viejos prejuicios es Adolphe Appia, quien establece su visión teórica alrededor de 1895, pero sus ideas no logran expresarse totalmente sobre un escenario sino después de 1920, cuando el desarrollo tecnológico permite su concreción. Esta anticipación del futuro que nos entrega Appia corresponde al concepto romántico del artista —visionario, soñador—, concepto contra el cual él se está rebelando; es así como establece el puente entre esa concepción decimonónica y el concepto contemporáneo del artista, que, sin dejar de lado la intuición, procede a pacientes interrogaciones de la materia y hace uso de avanzados medios técnicos para investigar nuevas formas de expresión que se transformen en un progreso artístico.

Como todo arte, el propósito esencial de la iluminación es comunicar aquello que no puede

ser comunicado de otra manera. El artista iluminador usa la luz, de la misma manera que otros usan las palabras, para enunciar, expresar y comunicar ideas o emociones, y en este sentido la luz posee un poder mágico de revelación que no es característico de otros lenguajes artísticos.

Cuando la luz pierde su conexión teológica, adquiere una connotación poética. Si aceptamos que en la poesía se pueden distinguir tres concepciones fundamentales que son:

La poesía como estímulo

/o participación emotiva

La poesía como verdad

La poesía como modo

/privilegiado de expresión,

entonces la luz es poesía.

Veamos, primero, la luz como estímulo emotivo: la iluminación le da a las cosas sentido y pasión, las convierte en fantasía; la luz nos permite llegar a la empatía con los objetos y sujetos que ilumina, nos proporciona esa capacidad de participación en las ideas o sentimientos de otros, la unión o la fusión emotiva con otros seres a través de la experiencia estética. La luz tiene la facultad de animar la materialidad bruta del entorno. La luz es un estímulo de las emociones. Es el estímulo evocador.

La luz como verdad nos lleva al sentido de que ver es uno de los principios del conocer. La percepción visual es una actividad cognoscitiva. Es el pensamiento a través del sentido de la vista. Es el conocimiento sensible, no el conocimiento de la razón.

Y si vemos la luz como modo de expresión, iluminar es intencionar con intensidad expresiva, esto es, otorgar significado con libertad creadora.

La luz como la poesía es un lenguaje cargado de significados. En este sentido, ¿no es la luz de por sí una metáfora? El teatro es en sí mismo una metáfora. Una forma superior de comunicación artística. La luz en el teatro es un tropo, es una forma de dar un significado poético mediante este intangible y vital elemento. Es así como a través de la luz expresamos una realidad que es, al mismo

tiempo, más exacta y más misteriosa que la realidad misma. Esto corresponde al concepto aristotélico de verosimilitud en su más amplia acepción. Aristóteles, en su *Poética*, dice: "es necesario dar preferencia a lo imposible que es verosímil sobre lo posible que resulte increíble; ... pero cuando el poeta hace entrar en la obra lo irracional, sabiendo darle un aire de verdad, puede conseguirlo, a pesar del absurdo"; y agrega: "... el imposible que convence es preferible a lo posible que no es convincente." Todo esto corresponde también al concepto platónico de *simulacro*: una copia idéntica de un original que nunca ha existido. La iluminación, este arte que se disipa, debe convertirse en el simulacro estético perfecto. Si el iluminador no tiene imágenes poéticas, soñadoras, visionarias y apasionadas en su mente, no podrá usar la grandeza mágica de la luz, no será capaz de proyectar imágenes sobre la fantasía vidente. Solamente esta actitud poética nos permitirá otorgar significados con libertad creadora, al usar los signos lumínicos como códigos flexibles.

Beeb Salzer, diseñador teatral norteamericano, en un artículo publicado en *Theatre design and technology*, plantea que las metáforas poéticas, que son parte del lenguaje teatral, nos vinculan y enlazan con otras culturas a través del común lenguaje del alma, un lenguaje que es psicológica y espiritualmente más real que la razón; y dice: "Nuestros mensajes metafóricos deben ser precisos y poéticamente misteriosos".

La luz tiene un carácter prodigioso, mágico; posee el poder de producir de la nada, frente a nuestros ojos, algo que nos deja asombrados, perplejos. La luz posee, para quien sabe utilizarla, la cualidad de crear profundas sensaciones, aquéllas que sólo los grandes poetas saben cómo crear.

LAS FUNCIONES DE LA LUZ

La iluminación teatral es una actividad creativa y es un error común pensar en la iluminación como un problema exclusivamente técnico; la iluminación en el teatro es más un problema de

"Salomé", iluminación de Bernardo Trumper.



sensibilidad que de electricidad. Planificar y ejecutar un efecto sensorial intencionado es la tarea del diseñador y de sus colaboradores.

El mayor problema para hablar del arte de la iluminación teatral es que no se puede establecer reglas. Hay solamente metas y esperanzas. Cumplirlas depende no sólo de la técnica, sino del temperamento, esa constitución tan particular de cada individuo, y que reside en la percepción de la luz como algo vivo, capaz de producir en otros reacciones vitales. El uso creativo de la luz se ha convertido en un arte que permite elogiar la vida.

¿Cuáles son estas metas y esperanzas? Las metas se traducen en objetivos y propósitos artísticos, reflejados en las funciones que la luz debe cumplir en el teatro. El propósito fundamental del diseño de iluminación es provocar y controlar las reacciones emotivo-visuales del espectador con intencionalidad creadora y en perfecta comunión con el contenido interno de un texto dramático o de una partitura musical.

Las funciones de la luz señalan el fin al que se tiende, la cosa que se desea, la cualidad o la realidad percibida, la imagen de la fantasía, el significado expreso o el concepto pensado. El objetivo final se logra a través de las acciones que el diseñador debe realizar para alcanzar este propósito y las funciones de la luz son las formas peculiares y los caminos mediante los cuales se puede esperar que ella sirva para interpretar una obra.

VISIBILIDAD (LA PRESENCIA DE LA LUZ)

Sin luz nada existe visualmente para el ser humano. Es por esta razón que la visibilidad, como función, es tan importante en una producción. ¿Qué entendemos por visibilidad? Es poder mirar, es ver, es percibir y es revelar. La luz es el intermediario entre el mundo incorpóreo o interno y el mundo corpóreo. En el momento en que la visión adquiere un carácter más allá de la mera visibilidad, empezamos a considerar la iluminación como Arte.

La iluminación se distingue de la mera visi-

bilidad en virtud de su poder de expresión. Esto se logra por la selección de qué es lo que queremos ver y en qué grado de importancia en relación a otras cosas y cómo o en que forma lo queremos ver. Así la luz contribuye a poner atención, dirigir, enfocar la atención en aquello que es importante para el drama en un momento dado.

Nuestro deber principal en el teatro son siempre los intérpretes, el escenario les pertenece. Son los intérpretes los que nos comunican la obra. Ellos la interpretan. Son los que deben dominar la escena. Salvo alguna excepción, nuestra tarea es hacer que ellos y su entorno se vean. Hacerlos visibles. Pero de una manera particular. La luz que los ilumina no es la luz de la vida diaria. Es más definida, más rápida, más expresiva. Es un medio para dar la impresión de algo. Ya hemos dicho que desde el momento en que ver es algo más que la mera visibilidad, el concepto de arte entra en la iluminación. Esta función-acción consiste en:

SELECCIONAR EL GRADO DE VISIBILIDAD QUE PERMITA CONTROLAR LA ATENCION DEL ESPECTADOR.

Sí, controlamos la atención del espectador poniendo luz donde queremos que se concentre la atención con un propósito de revelación muy definido, pero al mismo tiempo esta luz tiene que ser algo fuera de lo ordinario, fuera de lo común. Nuestro propósito es dar por medio de la luz una impresión que haga que el intérprete exista expresivamente en "su" mundo. Debe ser como un aura que manifieste la realidad de su personaje para que el espectador lo perciba y lo comprenda fácilmente. Robert Edmond Jones, el gran escenógrafo norteamericano, habla de una luz "lúcida", clara en su expresión, sagaz, perspicaz. Es como la luz divina, que permite el conocimiento y el entendimiento. Es como la luz que Rembrandt pone sobre sus personajes; no vemos sólo las facciones de la persona, sino su personalidad, su alma. La visibilidad no es solamente el ver afuera, el exterior de un objeto o sujeto, sino ver su interioridad, su ser íntimo.

MOTIVACIÓN (LA LÓGICA DE LA LUZ)

Siempre la luz debe tener una lógica para no confundir al público. La luz corresponde a la existencia de una idea y aunque esta idea sea absurda, si sabemos darle un aire de verdad, resultará convincente y verosímil. El teatro es un arte virtual y en ese sentido el realismo de la luz se basa en la forma de unión que hagamos del mundo fantástico e imaginario del teatro con el mundo racional.

Hablamos de motivación, como otra función, en relación al significado que la luz proyecta sobre el escenario. En este sentido la luz tiene el poder de crear un medio ambiente sobre la escena; el medio ambiente incluye todas las circunstancias externas que rodean la acción: el lugar, el tiempo, el clima, la época, las características históricas de un período, las determinantes socio-culturales del contexto en que la acción se desarrolla.

Los personajes están rodeados por un ambiente. El espectador debe tomar conciencia, percibir cada instante a medida que el tiempo transcurre. Tiene que comprender el entorno que rodea la acción. La luz debe ser ilustrativa, no en su acepción de adorno sino en dar luz al entendimiento, responder a la existencia de una idea. De esta manera comprenderemos mejor a los personajes, los veremos con mayor claridad, en forma más lúcida. Al abrirse el telón se abre también un mundo, un mundo nuevo, el umbral de una nueva experiencia; la experiencia en que se moverán los personajes. Decimos, junto con Edward Gordon Craig, que la lógica de un sueño es mejor para el arte del teatro que la lógica de la realidad. La luz debe contribuir con presteza a este conocimiento y a esclarecer su evolución a medida que penetra la escena. El escenario se convierte en un microcosmos. En esta segunda función el diseñador debe:

INTERPRETAR EL SIGNIFICADO DE LAS CIRCUNSTANCIAS O MOTIVACIONES AMBIENTALES QUE RODEAN A LOS PERSONAJES Y OBJETOS PARA TRADUCIRLAS EN SIMBOLOS IDENTIFICABLES POR EL PUBLICO.

Debemos buscar constantemente nuevos elementos simbólicos, dentro de las categorías de espacio y tiempo, que interpreten las circunstancias ambientales que rodean a los personajes de un texto dramático-teatral, de una ópera o ballet. Estas circunstancias van más allá de los efectos naturales que requiere el teatro realista o naturalista. El entorno, clima o ambiente que circunda a las brujas de *Macbeth*, o a la aparición del fantasma de *Hamlet*, debe ser tan verosímil, estar tan motivado, como el sol de amanecer que cae sobre Osvaldo Alving en la escena final de *Espectros* o la romántica luz de luna en la escena de amor en *Don Juan Tenorio*. En este sentido, la lógica de la luz está directamente relacionada con el estilo de la obra y de su representación, desde el realismo-naturalista hasta las formas más abstractas o artificiales de producción. Las diferentes convenciones en el uso de la luz deben tener por objetivo hacer verosímil aun las motivaciones más absurdas.

Pero no debemos olvidar que el acontecimiento teatral no tiene existencia sin un sujeto sensible que se sitúe en una adecuada posición de observación. Así como sin luz no hay visión, tampoco hay visión sin un sujeto conocedor que responda a los estímulos visuales.

COMPOSICIÓN (LA MELODÍA DE LA LUZ)

Pintar con luz es una frase comúnmente usada para referirse al efecto estético del "cuadro visual". En general, en esta función se aplican las normas con que se juzgan las artes plásticas.

Si bien es cierto que los juicios de valor aplicados a la pintura, a la escultura y a la arquitectura rigen también para el arte de iluminar, este arte posee elementos que lo diferencian específicamente de las otras artes visuales.

La luz es un arte de cuatro dimensiones: espacio más tiempo; pero el tiempo en sí posee, en relación a la luz, no solamente duración, sino que ritmo y melodía, está lleno de posibilidades producto de la secuencia de acciones que existen en el teatro. Es, además, el tiempo de la imaginación.

La luz, como parte orgánica de una teatralización, es un diseño en el espacio con variaciones en el tiempo, un tiempo que no es real pero que puede ser posible, y presenta problemas de proporciones y secuencias en relación a ese organismo vivo que es el teatro. El movimiento, como realización de lo que está en potencia, es parte fundamental de la composición en la iluminación teatral.

En la naturaleza la luz no es estática y, generalmente, cuando miramos una puesta de sol o un cielo tormentoso, lo que nos atrae estéticamente es su cambiante calidad. En el teatro, al trabajar con un texto o una partitura, el movimiento o cambio es premeditado, intencionado, con una motivación emocional. No es de ninguna manera casual. Es un porvenir intuitivo.

La puesta en escena de una obra y su teatralización, es un sistema, un conjunto solidario de elementos que configuran un todo integral dentro de un contexto cuyo equilibrio dinámico depende de las interacciones e interdependencias de las partes. La luz en el teatro es un medio de expresión subordinado a todos los elementos que conforman este organismo que "vive", a su vez, por la presencia de la luz.

Las leyes de armonía y equilibrio que regulan cualquier organismo vivo son aplicables al sistema teatral. Dentro de este sistema el actor y la luz juegan los valores más activos. La luz en sí es un organismo vivo, animado; respira, se mueve, crece y decrece, se ruboriza y empalidece, se altera y se tranquiliza; pero este rol, como forma dramática, surge de la esencia del texto o de la música, y revela su poder expresivo en tanto entra activamente al servicio del intérprete. El actor, cantante o bailarín, por su parte, deben tener conciencia del poder de revelación que otorga la luz y cómo ésta contribuye no sólo a su apariencia física sino a



"Visperas", iluminación de Bernardo Trumper.

proyectar el significado de la esencia más íntima de su personaje.

Esta tercera función, que tiene que ver básicamente con valores estéticos, es tal vez la más fácil de abordar, y al mismo tiempo la más peligrosamente difícil:

CREAR UNA SECUENCIA DE IMAGENES ESTETICO-VISUALES, EN RELACION A LA ESTRUCTURA RITMICA DE LA OBRA, QUE PRODUZCAN SATISFACCION EN EL ESPECTADOR.

No es suficiente hacer una secuencia de cuadros plásticamente bellos, que guarden relación armónica con todas las leyes de la composición de las artes plásticas; tenemos que dar por medio de la luz algo fuera de lo ordinario, revelar la estructura interna, hacer visible su melodía. Un profundo conocimiento de las artes del espacio y del tiempo ayudarán al diseñador a realizar su tarea, siempre que sabiamente ponga estos conocimientos al servicio de la obra. Sin embargo, además de usar bien sus conocimientos, la iluminación de una obra debe contener un elemento de sorpresa, un sentido de creación que dé como resultado una experiencia única.

El diseño de una iluminación es comparable a la ejecución de una composición musical. Esta

melodía debe ser la misma que tiene la obra que estamos iluminando. Una obra respira, se acelera, se calma, llega a un clímax, se relaja, vuelve a intensificarse. La luz debe diferenciar estos diversos estados emocionales y establecer con claridad su secuencia melódico-dramática. La unidad plástica de la escena se hace continua a través de su partitura lumínica. El movimiento de la luz nos revelará aquellas cosas invisibles, esas cosas que se perciben por la visión interior, por el ojo interno del ser humano.

La luz posee un poder de unificación de todos los elementos de una producción escénica. Es importante señalar que cualquier manifestación externa de la luz, cualquier juicio estético que la luz provoque sobre el escenario, solamente adquiere validez cuando establece la exacta relación entre la esencia interior del drama y la expresión que de ella resulta.

ATMÓSFERA (LA INTENCIÓN DRAMÁTICA DE LA LUZ)

Crear una atmósfera, un clima emocional, es hacer perceptible las intenciones dramáticas de una obra. Es expresar la esencia interior del drama.

Crear una atmósfera adecuada al drama significa poner de manifiesto las condicionantes esenciales de la existencia de sus personajes, de su conducta y comportamiento y sus relaciones con ese mundo que los rodea y con los otros seres humanos que también forman parte de ese mundo.

Creamos una atmósfera con la luz solamente cuando somos capaces de tocar las cuerdas sensitivas del público. La luz debe permitir al espectador desarrollar su capacidad perceptiva, hacerlo penetrar, descubrir, conocer, maravillarse ante la esencia interior de la obra. Entramos de lleno en el terreno de los efectos psicológicos, de los sentimientos y de las emociones. Es la manifestación de las sensaciones más o menos inconscientes despertadas por cualquier experiencia visual. Crear atmósfera es producir el estado anímico que per-

mita la evocación de respuestas emocionales.

La iluminación escénica no sólo consiste en poner luz sobre objetos que la reflejen —intérpretes, escenografía, utilería—, sino en poner luz sobre ideas. Se trata de “iluminar” la obra, sacar a la superficie las ideas y emociones que contiene. La luz se convierte en un instrumento de expresión. La luz es comparable a la herramienta de un escultor, al pincel de un pintor, a la pluma de un poeta o a los medios de expresión de un músico. Tal vez la música es la que se aproxima más a la luz en su poder de establecer con rapidez un clima emocional. Por medio de la luz se establece el flujo emocional del drama. Debemos estudiar bien las relaciones entre la luz y las reacciones psicológicas del ser humano para:

**EXPRESAR LOS ESTADOS DE ANIMO
MENTALES Y EMOCIONALES
CORRESPONDIENTES AL DRAMA,
PARA QUE SEAN CAPTADOS,
SENSIBLEMENTE, POR EL ESPECTADOR.**

El secreto, si es que hay un secreto, reside en nuestra percepción de la luz en el teatro como algo vivo. La actividad vital del diseñador de iluminación debe estar plena de imágenes poéticas, visiones y pasión; solamente de esta manera, podrá expresar estados de ánimo mentales y emocionales, y transmitirlos al espectador.

El diseñador, evocando en sí mismo un sentimiento o emoción que una vez ha experimentado, procede a dramatizar para otros que, a su vez, han sentido algo similar. El diseñador traduce este sentimiento en el escenario, a través de claros-oscuros, del uso melódico de la luz, produciendo tensiones y equilibrios, de manera que el público pueda darse cuenta, al participar de un espectáculo, que lo que ve ante sí es algo profundamente sentido, que estimula su subconsciente y despierta sus emociones ancestrales de temor, alegría, amor, inquietud y otras tantas múltiples sensaciones. El deber del diseñador es crear la atmósfera que logre estimular sensorial y emotivamente al espectador.

Las funciones de la luz cumplen el funda-

mental propósito de mantener la unidad integral expresiva de la escena y, por esto mismo, la iluminación no puede ser tratada independientemente de los otros elementos de una producción; debe formar parte de la personalidad estructural de la obra y de su puesta en escena. Es en la estructura teatral integral donde cada organismo debe ser percibido por sí mismo al mismo tiempo que por el conjunto que constituye. La iluminación debe alcanzar esa condición de unidad y armonía artística que la haga inseparable del todo.

ESPACIO ESCÉNICO Y LUZ

La luz define el espacio a que se extienden las influencias que emanan del alma o espíritu de los personajes. El iluminador tiene el poder de hacer surgir el espacio y también de hacerlo desaparecer.

No podemos dejar de mencionar nuevamente el sentido mágico del teatro. El espacio escénico es mágico en cuanto su potencialidad no es descubierta anticipadamente, sino va encauzando sus posibilidades en forma imprevista para el espectador. Este espacio se va creando en el acontecer, no es, va siendo; va desarrollando su potencialidad, sus posibilidades de ser, con la acción dramática. Es un espacio que surge con la acción, no antes; sin este acontecer dramático no tiene existencia teatral ni significado.

Cuando nos referimos al espacio escénico, no estamos hablando del espacio físico, matemático; en el teatro el espacio es virtual, ilusorio, tiene la virtud de producir un efecto, y la acción de los intérpretes, aun siendo física, es también virtual. La acción dramática es un acontecer que tiene lugar en el espacio y en el tiempo, pero estamos hablando del tiempo de la imaginación y del espacio de la ilusión. El espacio que se nos representa en teatro es aparente; por muy realista que sea, no es real. Debemos tener siempre presente el sentido de mundo ficticio que despliegan las obras de arte por medio de su materialidad.

El escenario es sólo un sitio, un lugar, un espacio geométrico. El espacio escénico como espacio virtual es una ficción de la mente y de las emociones. De ahí que el lugar, el escenario, adquiere características de espacio escénico solamente en el acontecer dramático. Los límites físicos de un escenario son sobrepasados por la virtualidad del espacio escénico. El espacio escénico, espacio dramático, no tiene límites, es teatralmente infinito. La virtualidad es su naturaleza esencial y está lleno de potencialidades artísticas. El iluminador debe contribuir y estimular estas potencialidades y para esto debe tener en consideración la naturaleza simbólica del espacio dramático.

El espacio escénico opera como forma significativa sobre el espectador; la iluminación, que crea espacio, intenciona esta significatividad proponiéndole, al espectador, un determinado modo de hacer posible el mundo y a los seres humanos en él. La luz nos permite evocar este espacio fluctuante y efímero en las mentes y emociones del público a medida que la obra transcurre. Esa es la magia y el poder grandioso de la luz. Es por esto que el iluminador debe ser un poderoso mago y, más aún, debe tener la percepción espacial de un artista, de un hombre que sueña, que ve más allá de la realidad. El iluminador maneja las posibilidades emocionales del espacio.

Nuestro arte está sujeto, como todo arte, a un proceso de comunicación, y a pesar de que el vocabulario visual que empleamos es mágico y prodigioso, no podemos olvidar que la respuesta final, la recepción de esta información estética, está en el ojo y en la mente, en la capacidad perceptiva del espectador.

En este proceso de comunicación que es el teatro, el iluminador, que actúa como artista-comunicador, debe producir signos, expresiones simbólicas, que sirvan de estímulo para el comportamiento creativo del público que debe interpretar el simbolismo de los estímulos lumínicos como mensajes metafóricos. La iluminación teatral es este sistema de símbolos y este conjunto de mensajes metafóricos que llamamos Arte.